

La toma de la casa fuerte de Barcelona

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

“Solo el hombre, que se cree formado a imagen de Dios, es decir, el símbolo terrestre de la bondad absoluta, no se contenta con matar a los animales para comerlos; con quitarles la piel para proteger la que ya tienen sus pies y sus manos; con dejar sin lana a los carneros, para cubrir con ella la desnudez de su cuerpo; con quitar a los gusanos la seda que trabajan, para vestirse; a las abejas, la miel que elaboran, para su sustento; a los pájaros, sus plumas; a las plantas, las flores que sirven a su regeneración; a las perlas y corales su existencia misteriosa para servir a la vanidad de la bella mitad del hombre; sino que hace con su mismo semejante (a quien llama su hermano), lo que no hace el tigre con el tigre, la hiena con la hiena, el oso con el oso: lo mata, no para comerlo (lo cual sería una circunstancia atenuante) sino para darse el placer de no verlo vivir. Así, el antropófago es más excusable que el hombre civilizado en sus guerras y destrucción de mera vanidad y lujo”.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

El Libertador no podía continuar en Barcelona, pues la escasez de ganado y la falta de cooperación de los jefes patriotas que gozaban de prestigio en el oriente venezolano, como el general Santiago Mariño, obligáronle a evacuarla e irse a Angostura (hoy Ciudad Bolívar) que ya estaba sitiada por el general Manuel Carlos Piar. En efecto, Bolívar, antes de partir hacia Angostura, convocó a consejo de guerra a los jefes de la región, a fin de estudiar la situación militar de la provincia y de precisar los medios de defensa que debían tomarse frente al enemigo. Luego explicó a los barceloneses las causas por las

cuales dejaba la plaza. Les advirtió, igualmente, que el ejército realista era superior en número y que la ciudad no podía, por lo mismo, ser defendida sin la ayuda militar de Mariño. En fin, les aconsejaba que saliesen de Barcelona. Empero, tal sugerencia no la aceptaron. Pues todos ellos optaron por defender la ciudad. Y esto dio lugar a que el Concejo Municipal de Barcelona, presidido por el doctor Francisco Esteban Rivas y el general Pedro María Freites, instara al Libertador para que dejara la guarnición. Bolívar accedió a la demanda de los barceloneses y dejó una fuerza de 700 hombres de a pie. Y ordenó de seguida el traslado del parque a la Casa Fuerte. Pero con la condición de que cuando pasare la amenaza realista, dicho parque fuere transportado por Mariño a Angostura. Y encargó, además, a este mismo general de volar en auxilio de los barceloneses al primer aviso. Así, pues, bajo estas condiciones quedó sujeta la guarnición. Y el 25 de marzo de 1817 el Libertador salió de Barcelona con 15 oficiales y sus asistentes para Guayana, a donde llegó el 3 de abril, después de haber recorrido 250 kilómetros. Es de advertir que en el decurso de estos días, Mariño no cumplió las órdenes de Bolívar. Y abandonó Barcelona a sus propios recursos.

Ahora bien, no era solamente en el bando patriota donde existía la disensión. No. También en el bando realista dominaba la discordia. Los jefes se chismeaban ante las autoridades del rey y se criticaban los errores de guerra. Y pedían asimismo relevo en el alto mando militar. Tal situación dio sus frutos. Verdad de ello es la carta que escribiera el general Pablo Morillo al Ministro de la Guerra desde su cuartel general de Maracay, fechada el 1º de abril de 1817, cuyo texto es el siguiente:

“Excmo. Sr. Desde el Nuevo Reino de Granada previne al mariscal de campo, don Salvador Moxó, procurase organizar las tropas de la primera división del ejército, hacer acopios y almacenes de víveres, habilitar la escuadrilla y entretener la campaña hasta mi llegada, para que, reunidas las fuerzas y guarnecidos suficientemente los puntos principales, se pudiese marchar al enemigo y destruirlo con seguridad; pero habiéndose apoderado este de Barcelona, creyó el general Moxó, animado de los mejores deseos, que con las fuerzas que tenía dispuestas podía desalojarlos de aquella ciudad y acabar con ellos, nombrando al brigadier don Pascual Real para esta empresa, con instrucciones de lo que debía practicar, y poniendo a su mando una división que constaba de cerca de 4.000 hombres, la mitad,

por lo menos, soldados europeos o veteranos. Nada quedaba aventurado a la suerte, y nunca ha habido mejor ocasión de destruir a los rebeldes. Real emprendió su movimiento sobre Barcelona, y la poca previsión que tuvo para conducir y sacar ganados del país que dejaba, lo redujo muy pronto a sufrir las mayores escaseces. Sin embargo, el enemigo huyó en todas direcciones, y se vio precisado a encerrarse en el convento de San Francisco de Barcelona, que habían con anticipación fortificado, pero que siendo un edificio débil, y construido de la materia que en estas provincias llaman bajareque, paredes de tierra formadas entre estacas, ofrecía un bien miserable asilo a aquellos malvados, que, a pocos cañonazos, se hubieran visto envueltos en sus ruinas. Allí estaban Bolívar, Monagas y casi todos los principales cabezas de la rebelión; la fuerza que tenían no llegaba a 2.000 hombres, y estos fueron batidos el día 8 de febrero último, por la división de Real. Desalojados de todas partes, y obligados a encerrarse en su pequeño fuerte, entre mil privaciones, carecían de agua, al mismo tiempo que, ocupado el pueblo por nuestras tropas, se hubieran visto muy pronto reducidos al último apuro. Real no quiso continuar el asedio, manifestó no tener ganados para la división; tenía noticias vagas de la aproximación de algunas fuerzas rebeldes procedentes del Llano, que nunca llegó a ver ni han parecido; se retiró de Barcelona y sucesivamente hasta Clarines, sin haber adelantado otra cosa que enfermar y disminuir la tropa, fatigar al soldado y perder la opinión. Todos estos partes me los transmitió el general Moxó cuando yo me hallaba todavía sobre el Apure, y no pudiendo por mí mismo tomar providencias decisivas a tan larga distancia, advertí a dicho general, que pues que había principiado la campaña antes de mi llegada, continuase bajo de su responsabilidad, dirigiendo las sucesivas operaciones según el plan que se había propuesto, respecto a que estaba más inmediato y con más recursos. El general Moxó principió por relevar al brigadier don Pascual Real del mando de la división, confiéndoselo al coronel de dragones de la Unión, don Juan Aldama, oficial de mucho crédito, vista la inacción de aquel jefe y la nulidad de cuantas medidas se habían adaptado para hacerlo mover sobre el enemigo. Resulta, que Real ha faltado en un todo a las instrucciones que llevó del general Moxó; que no ha obedecido bajo mil pretextos las órdenes que se le han dado, y que por su irresolución y mal sistema ha perdido mucha fuerza la división de su mando; que hizo una marcha inútil sobre Barcelona; que no ha batido, como se le mandó, a los enemigos, y

que ha permanecido infructuosamente sin víveres y sin recursos, sobre un país pantanoso y enfermizo, habiendo, por último, de retirarse y dejar obrar libremente a los rebeldes. Por todas estas circunstancias he mandado que el brigadier Real pase arrestado al castillo de la Guayra, y que se le instruya sumaria sobre la conducta que ha observado, haciéndole los cargos más severos de todas sus operaciones, particularmente por no haber batido, como podía, la casa fuerte de Barcelona. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. para su superior inteligencia, por si se digna elevarlo al de S. M.”.

Como se ve, el brigadier del Real fue destituido del mando del ejército por su ineptitud en la campaña de Barcelona, y remplazado por el coronel de dragones Juan Aldama. En efecto, el 27 de marzo se encargó este oficial de la jefatura de las fuerzas realistas. Siete días después, o sea, el 3 de abril por la noche, desde Piritu se puso en marcha sobre Barcelona. Al amanecer del día siguiente, en las playas de Caicara, recibía unas piezas de artillería de Cumaná, las cuales había esperado vanamente el brigadier del Real, a fin de batir la Casa Fuerte. Para el 5, divisaba ya la ciudad.

Entre tanto, en Barcelona, los atalayas se apostaban en los edificios más altos y de ahí observaban los movimientos del enemigo. Mas, ¡cuánto no sería el terror de aquellos al ver la polvoreda que a lo lejos levantaba la caballería realista y que corría y corría hacia la ciudad! Momentos de angustia vivía Barcelona. Las mujeres, con sus hijos, se refugiaban en la Casa Fuerte. Si bien, ¿era en realidad la Casa Fuerte una fortaleza? Según “El Derecho”, periódico de Bogotá, publicó un suplemento de la “Gaceta de Santafé”, del jueves 29 de mayo de 1817, en donde describe la Casa Fuerte, dice así:

“No era la llamada Casa Fuerte otra cosa, que el convento de San Francisco, situado en uno de los extremos de la ciudad. El edificio principal, pequeño, aunque con grandes patios, tenía paredes que si bien suficientes para resistir el fuego de la infantería, eran absolutamente ineficaces para defenderse contra la artillería. Algo se había hecho para fortificar el punto, practicando troneras en las tapias, poniendo cañones en los patios y en la azotea, y ejecutando con fosos y trincheras algunas obras exteriores de protección y de resguardo. Inútiles esfuerzos, que dieron ocasión para que una matrona venezolana de mucho espíritu, madre de varios oficiales muertos en la guerra, llamase

con razón aquella Casa Fuerte, la casa débil: y el resultado justificó su pensamiento”.

Reanudando el tema, Barcelona prefería la muerte a la rendición. Por eso el pueblo se aprestaba a la defensa de su suelo natal. Todos corrían a atrincherarse con una tapia, allá en la Casa Fuerte. Y de ese modo la ciudad se iba quedando desierta, vacía, abandonada. La población se guarecía en la improvisada fortaleza. Y mientras se vivía esta situación de angustia, el enemigo se acercaba a Barcelona. Y los partes de Freites a Mariño se repetían a cada instante. Mas, este general se mostraba indiferente y no prestaba atención a las demandas de auxilio de los barceloneses. Así lo relata el propio general Rafael Urdaneta, que le instó reiteradamente a que fuera en ayuda de Freites, de quien era muy amigo. Pero Mariño no accedía. Al contrario, se alejaba más con su ejército. Y el 7 de abril, día del asalto, se marchó a la población del Chaparro, donde pasó la noche. Luego continuó para Santa Ana, que se encuentra a 119 kilómetros al suroeste de Barcelona. Aquí, después de tantas súplicas que le hiciera el general Urdaneta, resolvió enviar a unos pocos soldados en auxilio de Freites. Sobre esto, Urdaneta cuenta en sus *Memorias*, como testigo ocular, quién fue el responsable del desastre de Barcelona. En uno de sus capítulos, dice textualmente:

“No bien en esta ciudad, Aragua, se recibieron los primeros avisos del general Freites (no habiéndose extraído el parque) no estaba en el caso de evacuar la ciudad ni el ejército para retirarse al interior. Urdaneta tenía motivos especiales de amistad con el general Freites, y atento a esto y al deber de no dejar sacrificar la división de Barcelona y como extraño a los partidos, instó frecuentemente para que se contramarchase en auxilio de la plaza”.

En otro párrafo afirma:

“Urdaneta, aislado en tales circunstancias, siguió al amanecer el movimiento de Mariño tan maquinalmente como hubiera podido seguir a los otros, y al llegar a Santa Ana volvió a suplicar a Mariño le diese siquiera aquel batallón, que con alguna caballería que ofrecía Monagas, él se ofrecía a ir hasta Barcelona y quizás salvar a Freites y sus compañeros. Accedió por fin Mariño, dio el batallón, Monagas 200 hombres de caballería y se movió con esa fuerza; pero al llegar con ella a la Aragua encontró al teniente Raimundo Freites, hermano del

general, al cirujano de Bolívar y otros, escapados con muchísimo peligro de la Casa Fuerte, y le dieron la noticia de la completa destrucción de los patriotas y de ser ellos acaso los únicos que se hubiesen salvado. Ya sin objeto, determinó Urdaneta volverse a Santa Ana a entregar las tropas que se le habían confiado”.

Más adelante agrega:

“No se sabe por qué se determinara a hacer tarde lo que pudo y debió hacerse temprano. El lector juzgará por esta relación —escribe Urdaneta— a quién puede, con más o menos fundamento, atribuírse la pérdida de la Casa Fuerte de Barcelona y de todos los elementos de guerra que debían servir para armar las divisiones del interior, pues todas carecían de armamento, la de Apure sobre todo”.

Por lo visto, el general Mariño tuvo tiempo de sobra para ir en ayuda de los barceloneses, pero su antibolivarianismo lo puso de manifiesto al no prestar su ayuda con oportunidad a los defensores de la Casa Fuerte. Y la historia, sujeta siempre a rectificaciones, lo sindicó como el único responsable de la pérdida del parque, de la propia plaza, de la muerte de más de mil personas y del fusilamiento del general Pedro María Freites, amén del desconcierto que ello produjo en el bando patriota. Porque es de observar que Barcelona era el único puerto de comunicaciones del ejército libertador con el exterior. Es decir, la zona más importante desde el punto de vista militar. De allí el valor de mantener dicha plaza. Y por eso mismo Bolívar encargó expresamente al general Mariño de conservar la mencionada región. Pero no sucedió así. Y hoy, historiadores tan eminentes como Caracciolo Parra Pérez han aprobado esta concepción de estrategia militar del Libertador. Pues este historiógrafo considera como un error garrafal la evacuación de Barcelona, que fue precisamente lo que llevó a cabo el general disidente. Porque “lo lógico era —escribe Parra Pérez, máximo apologista del general Mariño, en su interesante obra intitulada *Mariño y la independencia de Venezuela*, tomo II, pág. 203— tratar de conservar a toda costa a Barcelona, mejorando la especie de campo atrincherado que había construído el Libertador, no circunscrito a la Casa Fuerte, que era indefendible sola; aumentar y concentrar las caballerías de Monagas y de Zaraza, que permitirían, una vez incorporadas al grueso del ejército, abrir operaciones en grande por los Llanos; llevar a Barcelona la flota

de Brión, encargada de limpiar el mar de realistas y de asegurar el abastecimiento en pertrechos y víveres traídos de las Antillas, y, por último, reforzar el bloqueo de Cumaná y aun su franco asalto, de ser ello posible. Un plan concebido dentro de esas grandes líneas no podía ser obstáculo, antes por el contrario, para dar batalla al enemigo si se presentaba ocasión favorable, o en caso de que atacara”.

Empero, no ocurrió así. Y la culpa del general Mariño se hace más ostensible por razón de que existen instrumentos inconcusos que lo señalan como el único responsable de la tragedia de Barcelona. He aquí dicho documento:

“Con el importante objeto de incorporar la división que obra contra Guayana al ejército de Barcelona, marché de esta ciudad el 25 del próximo pasado y ordené a Su Excelencia el jefe de la fuerza armada (Mariño) marchase a Aragua con el resto de las fuerzas que deben componer el ejército de operaciones, y encargué de la plaza de Barcelona al señor general Freites con una guarnición suficiente, para rechazar cualesquiera fuerzas que la invadieran, mientras debía ser auxiliado por el jefe de la fuerza armada (Mariño), *a quien le ordené expresamente volase en su socorro al primer aviso*”. (Carta de Bolívar al almirante Luis Brión, de Santa María de Ipire, 18 de abril de 1817).

Ahora bien, veamos lo que sucedió el lunes 7 de abril de 1817 en Barcelona. Como se sabe, la ciudad esperaba la ayuda militar del general Santiago Mariño, pero todo fue en vano. Las tropas del coronel Aldama se acercaban. Y mientras ello sucedía, Freites, dentro del recinto fortificado, daba órdenes de acelerar las labores de defensa. Y de ese modo, trabajando apresuradamente, llegó el 5 de abril. Y ese mismo día el jefe realista y sus 4.000 hombres entraban por las estrechas y solitarias calles de la ciudad, “con armas a discreción, batiendo marcha, y rompiendo las músicas de los cuerpos”. A la cabeza de su ejército iba el comandante de la columna de “Cazadores”, teniente coronel Manuel Bauzá, a quien el coronel Aldama le había comisionado cerrar con parapetos las bocacalles y apoderarse de las casas más inmediatas a la improvisada fortaleza. Y confió igualmente al capitán Eugenio Arana y al teniente Juan Calvet el emplazamiento de las baterías frente a la Casa Fuerte. Todos ellos cumplieron a cabalidad las órdenes del jefe realista, quien colocó sus reservas en la Plaza Mayor, hoy Bo-

yacá, y el resto de su ejército lo instaló delante del edificio fortificado. Luego ordenó traer la artillería desde la boca del río Neverí, cuya operación estuvo a cargo del capitán de fragata José María Chacón, a la sazón comandante de la escuadrilla real.

Al día siguiente, en la ocasión en que todo estaba listo para el asalto, Aldama le envió la orden de rendición al general Freites. La respuesta no se hizo esperar, “mi invitación —apunta Aldama— fue desechada, y el nombre del rey insultado. Pocos momentos antes de marchar las columnas al asalto tuvieron la osadía de arbolar bandera negra, y al ocupar el recinto de su fortaleza, fueron víctimas de su loca desesperación 700 hombres que la defendían y más de 300 personas de la calidad expresada”.

En efecto, el 7 de abril, cuando rayaba el día y la débil luz del sol bañaba la improvisada fortaleza, se escuchó el estampido de las baterías realistas batiendo las amuralladas paredes de la Casa Fuerte. La azotea, así como las aspilleras y troneras de dicha casa vomitaban fuego. Pedro María Freites, Francisco Esteban Rivas, Tomás Demetrio Lobatón, Francisco de Paula Vélez, Agustín Reyes, Gabriel Gutiérrez de Piñerez, Miguel Hernández, Celedonio Gutiérrez de Piñerez, Auli, etc., dirigían las operaciones de defensa. Por desgracia, algunas de las paredes estaban débiles por no haberse terminado los trabajos de fortificación que le habían encomendado al coronel Judas Tadeo Piñango, entonces jefe de la artillería patriota. Es de advertir, asimismo, que muchos soldados republicanos eran reclutas que no sabían manejar un fusil o una pieza de artillería. La situación, pues, era desesperante. Porque a ello también se sumaba el estado de nerviosidad creado por las mujeres, niños, ancianos y enfermos.

Ocho horas después, los realistas habían logrado destruir una parte de la fachada. “A las doce —escribe Aldama— de la misma mañana, coloqué otra pieza a la derecha de la casa, con la cual, y las dos primeras que dirigía el teniente de artillería don Francisco Moya, y estaban situadas a mil pasos del lienzo que batía, se hacía un fuego horroroso, que a las dos de la tarde aparecía demolida una parte de la fachada. Esta batería estaba servida de 12 artilleros y de ellos fueron heridos 10”.

Ante tal refuerzo, la pared iba cediendo a la granizada de balas enemigas. Más de cien barceloneses luchaban con denuedo

por evitar el derrumbe de la muralla. Uno a uno caían sin vida al pie de la brecha, la cual iba cerrándose con los cadáveres de aquellos patriotas que no daban un paso hacia atrás. Y sin perder tiempo, Aldama encomendó al teniente coronel Joaquín Urreiztieta a que tomase la abertura. Pero este, al llegar al pie de ella, se encontró con otra muralla de retaguardia, separada por un foso. Frente a semejante rémora, el comandante realista ordenó treparla, formando así escaleras humanas al igual que los legionarios de Julio César. Luego, el jefe realista mandó sacar las reservas de Barbastro bajo el mando del mayor Vicente Bauzá, las cuales, después de soportar un fuego suicida, lograron subir a la cresta del parapeto, "auxiliándose mutuamente para montar a su altura que tenía desde el fondo del foso unas tres toesas". Sobre esto escribe el coronel Aldama lo siguiente: "Apoderados de esta nuestros soldados, y habiendo entrado por el fuerte Urreiztieta, no dudó ya el enemigo de su suerte". A la verdad, ya todo estaba perdido para los patriotas, menos el honor. Allí no se pisaba en el suelo sino sobre los cadáveres que pululaban por doquier. Ante este espectáculo, el coronel Aldama dio la orden del saqueo y del degüello. Así lo afirma él mismo en carta que escribiera al capitán general de Venezuela, don Salvador Moxó, fechada el 10 de abril de 1817, donde dice: "Aterrorizados, llenos de pavor, abandonando sus últimos recursos de defensa, se precipitaban a todas direcciones a la campiña, en donde fueron pasados a cuchillo por las tropas de las trincheras y calles que guarnecían el regimiento del rey...". En otro aparte afirma: "Más de mil cadáveres de la guarnición, y particulares adictos a la rebelión encerrados en la Casa Fuerte mordieron el polvo, y pagaron a su loco frenesí".

En efecto, la Casa Fuerte se había convertido en una carnicería. Algunos patriotas lograron salvar la vida porque se revolcaban con los cadáveres. Uno de ellos fue el teniente Raimundo Freites, hermano menor del general Freites, que alcanzó a huír. Sobre esto escribe el presbítero J. M. Guevara Carrera que el joven Raimundo escapó de la muerte porque se tendió en un charco de sangre entre dos cadáveres. Y que al cesar la matanza y envuelto aquel cuadro pavoroso en las sombras de la noche, aprovechó la oscuridad para salir del campamento arrojando los más grandes peligros; que luego se internó en el monte, donde estuvo tres días caminando por bosques y sabanas. Hasta que al fin, en el sitio de Las Palmitas, en las cercanías

de la población de El Chaparro, tropezó con el Cuartel General del Libertador. Y al instante avisaron a Bolívar:

—Excelencia, un jovencito barcelonés, medio muerto de cansancio acaba de llegar al campamento.

—Tráiganmelo al momento, dijo Bolívar.

El joven se presentó.

—¿Qué noticias traes?

—General Bolívar, se perdió la Casa Fuerte y cuanto en ella había, mi hermano Pedro María fue hecho prisionero al abrirse paso con la espada, el degüello ha sido completo; la sangre corrió como el agua cuando cae un aguacero fuerte; yo pude salvarme porque me hice el muerto y aquí me tiene, mi general.

—¿Cómo te llamas?

—Raimundo Freites, mi general.

—Pues bien, Raimundo Freites, desde este momento quedas incorporado a mi Estado Mayor con el carácter de edecán.

En realidad, el hermano menor del general Freites no exageraba al decir que “la sangre corrió como el agua cuando cae un aguacero fuerte”. Pues más de 1.300 personas sucumbieron degolladas, dentro y fuera de la Casa Fuerte, por las mesnadas realistas. Nadie escapaba con vida de las manos del enemigo. En la iglesia San Cristóbal (hoy catedral de Barcelona), se cometieron los hechos más irreverentes. Allí se consumaron la matanza y la violación de mujeres. Hasta los niños murieron atravesados por las bayonetas. De ese modo lo relata don Andrés Bello en su poema intitulado *América*, cuando dice:

*“Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
de la arrestada, aunque pequeña tropa,
que la defiende: en torno el enemigo
cuantos conoce el fiero Marte, acopia
medios de destrucción; ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, y superior en armas
a cada brecha una legión se agolpa.*

Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
 el patriotismo y el valor agotan;
 mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
 pintarás el horror, tú, que a las sombras
 belleza das, y al cuadro de la muerte
 sabes encadenar la mente absorta.
 Tú pintarás al vencedor furioso
 que ni al anciano trémulo perdona,
 ni a la inocente edad, y en el regazo
 de la insultada madre al hijo inmola.
 Pocos reserva a vil suplicio el hierro:
 Su rabia insana en los demás desfoga
 un enemigo que hacer siempre supo
 más que la lid, sangrienta la victoria.
 Tú pintarás de Chamberlen el triste
 pero glorioso fin. La tierna esposa
 herido va a buscar; el débil cuerpo
 sobre el acero ensangrentado apoya:
 Estréchalo a su seno. "Libertarme
 de un cadalso afrentoso puede sola
 la muerte (dice): este postrero abrazo
 me la hará dulce: ¡adiós!" Cuando con pronta
 herido va a matarse, ella atajando
 el brazo, alzado ya, "¿tú a la deshonra,
 tú a la ignominiosa servidumbre, a insultos
 más que la muerte horrible me abandonas?
 Para sufrir la afrenta falta (dice)
 valor en mí: para imitarte sobra.
 ¡Muramos ambos!". Hieren
 a un tiempo dos aceros
 entrambos pechos, abrazados mueren".

Durante el tiempo en que acontecían todos estos hechos, Freites peleaba con furor y sin descanso. Con la espada de combate en su mano derecha dirigía las operaciones de defensa. Y después de diez horas de cruenta lucha, cuando la Casa Fuerte había caído en manos del invasor y que, en fin, todo había concluído, Freites trató de salir por "El Arroyo" con sus pocos hombres. Si bien, al intentarlo, viose una vez más rodeado de enemigos. Ante tan grave situación, el jefe republicano, enardecido, optó por presentar batalla. Y para ello exaltó los ánimos de sus compañeros con estas palabras: "Soldados, preferible es caer combatiendo como bravos, a morir degollados". Y acto se-

guido arremetió contra el enemigo. Mas, la superioridad numérica de este dio al traste con aquellos valientes que, heridos y extenuados, cayeron en poder del vencedor.

Se cuenta que el general Freites estaba cubierto de heridas, como que tenía el brazo derecho destrozado por una bala de fusil. Su traje, hecho jirones, pegado a las heridas. El general Freites era alto, esbelto, erguido, de complexión fuerte y bien proporcionado. Por sus venas corría sangre lusitana. Sus cabellos rubios y ondulados. Acostumbraba llevar patillas y bigotes y sus rasgos fisonómicos no eran desagradables. Gustaba de vestir bien y fue fiel para con sus amigos y a sus ideas revolucionarias. Tenía un alto concepto de la responsabilidad. Fue disciplinado y gallardo por naturaleza y buen padre de familia. Jamás se arredró ante nadie. Fue un gran general que dio su vida en holocausto de la independencia de su patria. Tenía 26 años de edad al tiempo de caer prisionero de los realistas, pues había nacido en Barcelona (Venezuela) el 15 de diciembre de 1790.

Pero, esto no es todo. Veamos ahora, en forma resumida, su hoja de servicios: fue jefe de la Expedición de Sorondo o Guayana cuando andaba en los diecinueve años de edad. También gobernador y jefe militar de la provincia de Barcelona. Derrotó al terrible José Tomás Boves en Cachipo de Barcelona. En aquella oportunidad el caudillo asturiano tuvo que refugiarse en el convento de dicho pueblo. Fue igualmente jefe del Estado Mayor del general Manuel Carlos Piar y peleó en la gloriosa batalla de El Juncal de Barcelona. Estuvo asimismo en la Primera Expedición de Los Cayos y luego acompañó al Libertador en Barcelona y en la acción de Clarines. Y por último, en la heroica defensa de la Casa Fuerte, donde combatió en calidad de jefe y que, como se sabe, este hecho de armas es una de las páginas más sangrientas de la historia militar de Venezuela.

Este era, pues, el hombre que el coronel Aldama tenía en su poder. Diez días después moría fusilado en la plaza Real, hoy Bolívar, de Caracas, junto con el doctor Francisco Esteban Rivas. Nos refiere la historia que antes de ser ejecutado el general Freites, este se confesó y tomó la extremaunción y le dijo al sacerdote: "Ruegue usted a Dios que me calme un poco el dolor de estas heridas, y me verá morir como Oriental". Y se lee igualmente, en las crónicas de la época, que su cuerpo despedía fetidez por las heridas que tenía en el pecho y en los brazos,

las cuales nunca le fueron curadas. Y relatan los documentos históricos que el general Freites no podía tenerse en pie a causa de la debilidad que sufría. Por lo que permanecía postrado en el suelo de su celda. Y que, también, en el momento de su ajusticiamiento fue transportado en una parihuela al lugar del suplicio. Su esposa, doña Ignacia Salaverría, con los ojos arrasados de lágrimas y mezclada con la muchedumbre, presenció su ejecución. He aquí la partida de defunción del general Pedro María Freites:

“Partida de entierro del General Pedro María Freites y Coronel Francisco Esteban Rivas, fusilados en Caracas el 17 de abril de 1817”.

Al folio 186, libro 29, de entierros, llevado en la Catedral, de 1809 a 1819, se encuentra una partida del tenor siguiente:

“En la ciudad de Caracas, el diez y siete de abril de 1817, fueron fusilados en la plaza real, por disposición del Gobierno, don Francisco Rivas y don Pedro María Freites, casados, y no se sabe el nombre de las mujeres, cuyos cadáveres fueron conducidos a la parroquia de Nuestra Señora de Altigracia, de esta ciudad, para sepultarlos en ella. Recibieron el Santísimo Sacramento de la Penitencia y el Santísimo de la Eucaristía de que certifico, José María Tirado”.

Como hemos visto, así fue y así murió el general Freites. Militar integérrimo y digno del mayor elogio. Sus hazañas han sido exaltadas por los poetas. Uno de ellos es don Arturo Medina Alfonzo, que manifiesta su admiración al Héroe de la Casa Fuerte cuando dice:

— IV —

*“¡Salve a tí, Freites, luchador bizarro!
Si el martirio te dio su augusta palma,
hoy ensalza tu nombre esclarecido
la trompeta de oro de la fama.
Venezuela bendice tu memoria,
tu gloria grande y tu virtud preclara,
y eres en el cielo de su historia
una estrella de vívida añoranza.
El claro Neverí canta en sus ondas
una oración de amor que no fenece
—de santa admiración, pura y bendita—*

*que el mar repite con voz potente.
La cara libertad que defendiste
plena de orgullo a tu memoria ofrece,
para tu altar la bóveda infinita
y para tu panteón la Casa Fuerte.
En la justa apoteosis de tu nombre
la patria llena de sin par nobleza,
de mirtos y laureles hoy coloca
sobre tu frente rútila diadema.
Ya que subiste el cielo de la gloria
envuelto en un girón de su bandera,
hoy premia el sacrificio de tu vida
con el himno triunfal de la Epopeya”.*

En fin, con la caída de Barcelona, los patriotas perdieron la propia plaza, 1.000 fusiles, 20 cañones de diversos calibres y gran cantidad de municiones. Además, perecieron cerca de 1.400 personas. El número de las bajas realistas no se conoce aún. Es de advertir que esta victoria le valió al coronel Juan Aldama su ascenso a brigadier, según carta del general Pablo Morillo al Ministro de la Guerra, la cual transcribimos textualmente:

“En carta de 11 del corriente tuve el honor de participar a V. E. el haberse tomado por asalto, la tarde del 7, la casa fortificada en que se hallaban guarecidos los rebeldes existentes en Barcelona, según me comunicó el coronel don Juan Aldama, Comandante general de la 1ª división, ofreciendo dar a V. E. cuenta detallada de la acción, luego que supiese sus pormenores. Hoy han llegado a mis manos los partes circunstanciados de que son copias literales las adjuntas, y que dirijo a V. E. para su debido conocimiento y noticia de S. M., proporcionándoseme con este motivo la satisfactoria ocasión de presentar al Soberano un nuevo testimonio del valor, pericia y heroísmo que caracteriza a las dignas tropas que tengo el honor de mandar”.

“Al mismo tiempo, no puedo menos de recomendar a V. E. el benemérito y valiente coronel D. Juan Aldama, que se ha granjeado en la división el justo aprecio que merece su bizarría y conocimientos militares; pidiendo a V. E. se digne reclamar de la piedad del Rey el grado de brigadier en favor de este jefe, que tiene dos años más de antigüedad en su clase que todos los brigadieres que fueron ascendidos con motivo de la rendición de Cartagena. Dios... etc. Cuartel General de Valencia, 19 de abril de 1817”.

Después de la hecatombe, la Casa Fuerte quedó totalmente destruída. De sus ruinas salían densos espirales de humos que se elevaban al cielo como signo del sacrificio de aquellos republicanos que dieron sus vidas por la causa de la libertad. Barcelona quedó desolada y triste. Por dondequiera se veían muertos de todas las edades. Y “la sangre corrió como el agua cuando cae un aguacero fuerte”. Hasta enrojecer las ondas de su bello Neverí. ¡Pues la Ciudad del Cerro Santo no era más que un inmenso cadáver amortajado con mil sudarios! Pero sus hijos supieron glorificarla en grado máximo. Y así, envuelta con la gesta inmortal de sus héroes, pasó a la posteridad como ciudad ejemplar en civismo y en fidelidad a las causas justas.

* * *

He aquí el texto completo de dicha carta: “Deseoso de llevar a efecto cuanto ofrecía a V. S. desde Píritu en oficio del 2 del corriente, puse el ejército en movimiento en la noche del 3. El 4 al amanecer alcancé a la boca del Caicara; se unió la expedición de Cumaná, y a las siete del 5 preparaba mis columnas para apoderarme de Barcelona. Ordenando esto, con armas a discreción, batiendo marcha, y rompiendo las músicas de los cuerpos, entró el ejército con aquel aire marcial y guerrero, que es la divisa del valor y de la gloria.

“Con anticipación previne al teniente coronel don Manuel Bauzá, comandante de la columna de Cazadores que marchaba a la cabeza, arrollase cuantos obstáculos se le ofreciesen hasta apoderarse de la casa más inmediata al fuerte del enemigo, cerrase con parapetos las bocacalles, y la dejase reducida a solo su recinto en términos que al llegar la artillería se situase en la batería de brecha, cuya construcción confié al bizarro y activo capitán de Barbastro don Eugenio Arana, y al teniente graduado de Granada, don Juan Calvet”.

“Los cazadores llenaron a mi satisfacción sus deberes; hicieron desaparecer algunos miserables que se les presentaron por las calles. Situé una fuerte reserva en la plaza mayor y el resto del ejército se estableció militarmente sobre el edificio fortificado de los enemigos.

“Hecho dueño de toda la población, y estrechado el enemigo, concebí el proyecto de apoderarme de todos ellos a la brevedad posible, hice subir la artillería desde la boca del río, cuya operación me activó el capitán de fragata don José María Chacón, comandante de la Escuadra real, y el 7 amaneció batiendo

la cara de la casa fuerte que mira al E. A las doce de la misma mañana coloqué otra pieza a la derecha de la casa, con la cual y las dos primeras que dirigía el teniente de artillería don Francisco Maya, y estaban situadas a mil pasos del lienzo que batía, se hacía un fuego tan horroroso, que a las dos de la tarde aparecía demolida una parte de la fachada. Esta batería estaba servida de 12 artilleros y de ellos fueron heridos 10.

“Al momento dispuse el asalto formando una columna respetable de Granaderos y Cazadores, que confié al acreditado valor del teniente coronel del regimiento de la Unión, coronel don Joaquín Urreiztieta; el resto de Barbastro a las órdenes de su sargento mayor don Vicente Bauzá, quedó de reserva para que acudiese adonde fuese necesario, y la caballería de Dragones con la del país a la del comandante de escuadrón don José Navas fue a colocarse hacia el cementerio, parte opuesta a la que se batía en brecha, con intenciones de destrozar al enemigo en caso de que intentase su fuga como era presumible.

“Dadas estas disposiciones, quedó a mi lado el coronel de Barbastro, don Juan Cini, segundo del ejército, a cuyos conocimientos y sabios consejos atribuyo la mayor parte del feliz resultado de la empresa y el teniente coronel don Manuel Bauzá, jefe interino de Estado mayor del mismo, para atender a lo que pudiese ocurrir por la izquierda del asalto, y poner en práctica las medidas que se me ofreciesen dictar.

“Ya tomadas estas primeras providencias, marchó la columna de asalto a la altura del punto de donde yo le había indicado. A la voz enérgica de viva el rey, precursora de la victoria, salió el coronel graduado Urreiztieta, con sus valientes, de los cuales llevaba a la cabeza las compañías de Cazadores de Granada y Unión a las órdenes de sus capitanes Don Juan Falomir, y graduado don Faustino Narganes.

“No sé lo que fue primero, si presentarse nuestra tropa al descubierto en la plaza a atacar a la bayoneta, o huír despavoridos los enemigos de la brecha, corriéndose por su izquierda, en donde favorecidos de sus parapetos hacían un fuego homicida sobre nuestros bravos. Llegado Urreiztieta al pie de la brecha, encontró que no estaba practicable por haber otra muralla a retaguardia, protegida de un foso que tenía delante; mas esto en lugar de arredrar a la tropa aumentó su ardor, y como fieras se disputaban la gloria de ser cada uno el primero en abrir

agujero, trepando uno sobre otro la trinchera, y haciendo otras acciones individuales, que no puedo recordar sin admiración. Mas a pesar de este denuedo asombroso persistían los contrarios en hacerse fuertes sobre su flanco izquierdo. En este momento mandé salir la reserva de Barbastro que dirigía su Mayor don Vicente Bauzá, y echándose al paso de carga sobre ellos, los arrojó en la parte que le cupo, poniéndoles en precipitada fuga hacia sus baluartes de flanco.

“Esta tropa subió sobre la cresta del parapeto, auxiliándose mutuamente para montar a su altura, que tenía desde el fondo del foso unas tres toesas.

“Apoderados de esta parte nuestros soldados, y habiendo entrado por el Fuerte Urreiztieta, no dudó ya el enemigo de su suerte. Aterrorizados, llenos de pavor, abandonando sus últimos recursos de defensa, se precipitaban en todas direcciones a la campaña, en donde fueron pasados a cuchillo por las tropas de las trincheras y calles que guarnecían el regimiento del rey mandado por su comandante accidental don Jaime Prieto, y salieron en estos instantes, por algunos destacamentos del regimiento de infantería de la Unión, por la caballería que se ha indicado a las órdenes de su bizarro Jefe Navas, y por un trozo del batallón de Desmontados.

“Más de mil cadáveres de la guarnición, y particulares adictos a la rebelión, encerrados en la casa fuerte, mordieron el polvo, y pagaron a su loco frenesí. El comandante del fuerte Pedro María Freites y el intendente Francisco Esteban Rivas, con cortos prisioneros han librado la vida, aunque heridos, y marchan a disposición de U. S. para que respondan al Excelentísimo señor General en Jefe de su conducta.

“Las clases de este ejército se han conducido de un modo ejemplar, y llevando sus hechos hasta más allá de los límites de sus obligaciones. Todos son dignos de la consideración de U. S., todos. Mas faltaría a mi deber, y resentiría la honrosa conducta de la totalidad, si me atreviese a recomendar alguna parte.

“Cuando llegué a esta ciudad fui informado de que el enemigo tenía dentro de la casa porción de familias adictas a su sistema, aunque no de armas tomar; y desde el momento en que se dio principio a los trabajos, propuse a los rebeldes en nombre del Rey que se rindiesen a discreción y serían respetadas sus vidas. Mi ánimo fue el de evitar la efusión de sangre que en

otro caso miraba como inevitable, y de demostrar con esta conducta las benéficas intenciones del Soberano; mas nada pude adelantar: mi invitación fue desechada, y el nombre del rey insultado. Pocos momentos antes de marchar las columnas al asalto tuvieron la osadía de arbolar bandera negra, y al ocupar el recinto de su fortaleza, fueron víctimas de su loca desesperación 700 hombres que la defendían y más de 300 personas de la calidad expresada.

“La pérdida de este ejército desde que ocupó la ciudad hasta la rendición del fuerte, está expresada en el estado adjunto, que dirijo con la relación de los efectos que dentro se han encontrado.

“El ayudante mayor de Dragones de la Unión, graduado de capitán, don Joaquín Somoza, que no se menciona en este parte por haber marchado voluntariamente en la columna de ataque, fue el primero que subió a la azotea de la casa fuerte, arrió el pabellón insurgente, y enarboló el del rey, que llevaba al efecto.

“También marchó a la cabeza de su compañía de granaderos el comandante accidental de Granada, Capitán graduado de teniente coronel don Agustín Nogueras, a la de Cazadores de Clarines el teniente coronel Francisco Jiménez, los que siguieron a la brecha, y entraron al frente de ellas con valor y decisión que el resto de la bizarrísima columna. 10 de Abril, 1817”.
Juan Aldama.

LISTA INCOMPLETA DE LOS DEFENSORES DE LA CASA FUERTE DE BARCELONA

General Pedro María Freites

Coroneles:

Francisco Esteban Rivas.

José Godoy, herido y prisionero después.

Ricardo Mesa: murió.

Francisco Morales: murió.

Evangelista Reinoso: murió.

Carlos Chamberlain (de Jamaica): murió.

Pedro Canelón: murió.

Celedonio Gutiérrez de Piñerez (colombiano): murió.

José María Gutiérrez de Piñerez (colombiano): herido y prisionero.

Estanislao Rivas: se escapó combatiendo.

Comandantes:

Agustín Reyes: murió.

Francisco de Paula Vélez (colombiano): se escapó combatiendo.

N. Martínez: murió.

Miguel Hernández: herido, murió después.

Domingo Román: marino, cayó prisionero.

Judas Tadeo Piñango: cayó prisionero.

Diego Ibarra: se escapó combatiendo.

José Vicente Arriojas: murió.

Oficiales y Ciudadanos:

Juan José Arguindégui: murió.

Gabriel Gutiérrez de Piñerez (colombiano): murió.

Juan Manuel del Rosal: murió.

Ventura del Rosal: murió.

N. Zabala: murió.

Manuel Gutiérrez de Piñerez (colombiano): murió.

Luis Delgado: herido y prisionero.

Francisco Castillejo: herido.

Manuel Mudarra: herido y prisionero.

Ramón Pérez: herido y prisionero.
Raimundo Freites: se escapó combatiendo.
José Ignacio Pulido: se escapó combatiendo.
Isidro Alvarez: prisionero en la Habana y Ceuta hasta 1830
que lo reclamó Venezuela.
Manuel Osti: se escapó combatiendo.
Miguel Navas: se escapó combatiendo.
José Francisco Bordones: se escapó combatiendo.
Juan Aguilar: se escapó combatiendo.
Florencio Barrero: se escapó combatiendo.
José Ramón Osti: se escapó combatiendo.
José Francisco Palacios: murió.
Salvador Renjifo: murió.
Antonio Gregorio Rojas: murió.
Francisco Rojas: murió.
Pedro Romero: murió.
Manuel de los Santos Hernández: murió.
José M. Gutiérrez de Piñerez (niño colombiano): murió.
Francisco Ceballos: se escapó combatiendo.
José Albornoz: se escapó combatiendo.
José Alfaro: se escapó combatiendo.
Tomás Demetrio Lobatón: se escapó combatiendo.
Manuel Godoy: se escapó combatiendo.
Comandante Ezequiel Meza (colombiano): destino incierto.
Capitán José Antonio Aulí (colombiano): destino incierto.
Capitán de Artillería Giacosa: murió.
Teniente de Artillería Sabino: murió.

Sacerdotes:

Pbro. Pedro Vicente Grimón: se escapó combatiendo.

Pbro. Juan Antonio Godoy: murió.

Pbro. N. Castro: murió.

Fray Felipe Tejada (español): murió.

Pbro. Felipe Sifontes: herido al escaparse.

Pbro. Juan Bautista Serra: se salvó por haber entregado las prendas de una imagen que tenía en depósito, y las de una familia.

Talaristas:

N. Arguindegui: murió.

Juan Bautista Reyes: murió.

Fernando Sabino: se escapó combatiendo.

Joaquín Rojas: trató de salvarse, dando parte a los realistas del estado de la Casa Fuerte y sus defensores, pero fue muerto al descubrirse y después se le recordaba con el calificativo de *corona de sangre*.

Mujeres:

Doña María Ignacia Vásquez (colombiana): esposa del coronel Celedonio Gutiérrez de Piñerez, fue sacrificada.

Nicolasa, Micaela y María Ignacia (colombianas): hijas de la anterior, fue herida la primera y todas prisioneras. La madre de doña María Ignacia (española) suegra del coronel Gutiérrez de Piñerez fue sacrificada.

Doña Graciosa Barrios de Carvajal: sacrificada con cinco hijos.

Doña Juana de Jesús Rojas, esposa del heroico Juan Manuel del Rosal, ambos perecieron en la Casa Fuerte, recibiendo la señora siete bayonetazos.

Doña Eulalia Ramos o Buroz, mujer del valeroso coronel Carlos Chamberlain, la cual murió por defender su honor al tratar de mancillarla las hordas realistas.

Carmen Requena: sacrificada.

Francisca Rojas: esposa de Laureano Ortiz, fue sacrificada.

Juana Chirinos: madre del capitán Tomás Demetrio Lobatón, fue sacrificada.

Doña Antonia Portillo de Sifontes: sacrificada.

Doña Bárbara Arriojas de Godoy: fue herida en un brazo.

Señoritas Margarita y Serafina Arriojas, hijas del coronel Agustín Arriojas, quedaron prisioneras.

Doña Josefa María Sifontes: prisionera.

Doña Josefa S. de Rodríguez: herida.

Dolores Rodríguez, hija de la anterior, la que de cuatro meses de edad perdió una mano en la Casa Fuerte. Murió en la Beneficencia de Caracas el 7 de marzo de 1898.

* * *

“De los muertos y heridos, unos fueron combatiendo dentro de la Casa Fuerte —otros sacrificados por los realistas— algunos al romper el cerco y varios en la persecución que se les hizo.

“Los prisioneros fueron maltratados y aherrojados y se les envió a las bóvedas de La Guaira, saliendo de allí más tarde”.

(Datos tomados de “La Gaceta Fuerte de Barcelona”, por Manuel Landaeta Rosales. Caracas, Tipografía Universal, 1911).